

El colapso del proceso de paz palestino-israelí

Doris Musalem Rahal*

En este trabajo se presenta la revisión sintetizada del proceso de paz entre Israel y la Organización para la Liberación de Palestina, que se inició con la firma de los Acuerdos de Oslo en septiembre de 1993, enfatizando en las razones de su fracaso. También se analiza la nueva Intifada –la que estalló en septiembre de 2000– que al mismo tiempo que representa el fin de las negociaciones palestino-israelíes, es la expresión de la reafirmación de las reivindicaciones más fundamentales del pueblo palestino: un estado independiente, incluida Jerusalén Este como su capital, y el regreso de los refugiados; peticiones que fueron eliminadas del proceso de paz.

Introducción

En toda negociación para resolver un conflicto internacional se ponen en juego varios factores que influyen o determinan en mayor o menor grado sus resultados.

1. El poder político y militar.
2. El factor moral, principio fundamental de respeto a los derechos humanos.
3. El factor legal, inherente al derecho internacional y a los de Naciones Unidas.
4. El grado de apoyo o de coincidencia de las sociedades en conflicto, con sus respectivos líderes, medido sistemáticamente a través de la opinión pública.
5. El papel de Estados Unidos, país que posee de manera indiscutible el liderazgo mundial en la resolución de los conflictos internacionales, ya sea por su capacidad de ejercer presiones políticas, económicas y militares a las diferentes partes.

Las negociaciones de paz, tendientes a solucionar uno de los conflictos internacionales más complejos del siglo xx, el palestino-israelí, se iniciaron como resultado de la firma de los Acuerdos de Oslo entre Israel y la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), en septiembre de 1993.

Este hecho marcó un hito en la historia del conflicto palestino-israelí porque significaba un reconocimiento mutuo entre dos enemigos históricos, por el cual Arafat, Rabin y Peres recibieron el premio Nobel de la Paz en octubre de 1994. Israel, por primera vez, reconocía internacionalmente a la Organización para la Liberación Palestina como la representante legítima del pueblo palestino y la única interlocutora válida.

Así mismo, el reconocimiento de Israel por la OLP significó un factor de legitimidad para Israel ante la opinión de los palestinos y del mundo árabe. Al reconocer la legitimidad de Israel, sin un compromiso explícito para la formación de un estado palestino, la OLP ponía en riesgo uno de los elementos más cruciales y estratégicos para el proceso de negociación. Sin embargo la dirección política palestina aceptó los términos de estos primeros acuerdos que favorecieron a Israel, reflejo de su mayor poder político y militar, debido a que las opciones que tenían los palestinos eran muy limitadas. Además, en la estrategia política de la OLP, este primer avance significaba un aumento en las probabilidades para la creación del estado palestino.

Los más optimistas creyeron que en una negociación el poder no es lo único que cuenta, sino que existen principios morales, como el respeto a los derechos humanos y resoluciones internacionales –que en el problema palestino cuentan por centenas– que hay que cumplir. Por esta razón, la mayoría de los palestinos apoyó permanentemente las gestiones del líder palestino Yasser Arafat, aun en momentos de frustración por el estancamiento del proceso de paz. En la medida en que los avances en las negociaciones se fueron limitando, ese apoyo se fue reduciendo significativamente, hasta llegar a oponerse a los acuerdos de sectores importantes de la población palestina.

Al mismo tiempo, una proporción relativamente significativa de los israelíes se mostró a favor de los acuerdos de paz y apoyó el principio de “territorio por paz”, base del proceso de negociación entre palestinos e israelíes.

Sin embargo, este apoyo se debió especialmente a que sus percepciones sobre los acuerdos limitaban las negociaciones a lograr una paz basada en un compromiso territorial mínimo, aunque ello significara una solución injusta para los palestinos. En efecto, a lo largo de las negociaciones siempre ha habido una gran distancia entre lo que los israelíes están dispuestos a conceder y lo que los palestinos están

dispuestos a aceptar.

La visión de aquéllos que criticaban los acuerdos, en el sentido de que éstos no satisfacían las aspiraciones legítimas del pueblo palestino, era acertada. El proceso de paz se convirtió en una política dilatoria a través de una sucesión de acuerdos que se firmaron cada dos o tres años para aplicar los precedentes; en cada acuerdo Israel obtenía más concesiones, mientras que la parte palestina era obligada a posponer sus principales reivindicaciones; en el entretanto proseguía la política de hechos consumados, concretamente la colonización de Palestina.

En toda esta dinámica del proceso de paz, estuvo presente la diplomacia norteamericana para destrabar las negociaciones. Por un lado, propició numerosos encuentros en Washington o en la región entre los líderes y negociadores de las respectivas partes, y por el otro, funcionarios norteamericanos realizaron reiteradas visitas al Medio Oriente, en especial la secretaria de estado, Madeleine Albright. Sin duda, la visita del presidente Clinton a Gaza, en Palestina a fines de 1998, fue el hecho político más significativo de la diplomacia de Estados Unidos, ya que era la primera vez que un presidente norteamericano visitaba un territorio palestino controlado por la Autoridad Nacional Palestina.

Los acuerdos de paz fueron concebidos por Israel no para solucionar el problema palestino sino por el contrario, como una estrategia para lograr su aceptación en el mundo árabe a fin de aislar a los palestinos. Dicha estrategia tuvo un éxito sorprendente: a medida que avanzaba el proceso de paz los países árabes empezaron a establecer relaciones diplomáticas, poniendo fin al boicot de Israel por la Liga Árabe. En ese sentido, el acuerdo de paz entre Israel y Jordania, en octubre de 1994, fue el hecho más significativo: representaba un nuevo golpe a la desagregación del antiguo campo árabe y al mismo tiempo el paso suplementario más importante a partir de los acuerdos de paz firmados entre Israel y Egipto en 1979, en la reinserción de Israel en el mundo árabe. Es en este contexto que se debe interpretar la retirada israelí del sur de Líbano, en mayo de 2000, considerado como el primer paso hacia un acuerdo de paz definitivo con Líbano y Siria.

Los israelíes piensan que la retirada de sus tropas de Líbano dejará a Siria sin su carta negociadora y que por tanto sin otra opción que la de negociar la paz con Israel sobre las mesetas del Golán, de acuerdo con los intereses israelíes.

Esta acción tiene la intención de minimizar el conflicto palestino-israelí, poniendo énfasis en que lo que importa es el conflicto árabe-israelí; a la vez, estos eventuales acuerdos disminuirían las presiones sobre Israel frente a las reivindicaciones palestinas y, por el contrario, debilitaría la capacidad negociadora de los palestinos quienes se verían obligados, en la visión de Israel, a hacer más concesiones a este último.

En efecto, después de más de siete años de negociaciones palestino-israelíes no sólo ninguna de las demandas palestinas han sido mínimamente satisfechas, sino que, como nunca antes, el pueblo palestino se encuentra amenazado de ser exterminado y privado de sus más elementales derechos a la vida.

El fracaso de los acuerdos de paz, según un consenso generalizado, se debía fundamentalmente a las políticas intransigentes del gobierno de derecha del primer ministro Benjamín Netanyahu. Con el triunfo de Ehud Barak, que significó el regreso del partido Laborista al poder, el optimismo por el proceso de paz, surgido con el gobierno laborista Rabin-Peres, volvió a renacer con más fuerza considerándolo la última oportunidad para la paz en la región.

Primero el asesinato de Rabin el 5 de noviembre de 1995, a manos de un judío ultraderechista, y posteriormente la retórica de línea dura de Netanyahu, son los factores que contribuyeron a dar esa falsa percepción. Pero sobre todo, en los círculos israelíes y norteamericanos se insistió que la posición del gobierno del partido Likud, frente al proceso de paz, era cualitativamente diferente a la del gobierno laborista Rabin-Peres.

Solamente en el contexto de los acuerdos de paz es que se pudo hacer esta diferencia que, en realidad, no existe entre los dos partidos tradicionales más importantes de Israel. Sus posiciones han sido siempre similares y hoy más que nunca existe un consenso frente a los problemas fundamentales del conflicto con los palestinos, el que corresponde a políticas de estado que no han permitido avanzar en una solución justa del problema palestino.

El regreso de un gobierno laborista y el continuo estancamiento del proceso de paz, no dejó duda de ello. El ex primer ministro Ehud Barak comparte la misma posición que sus antecesores en relación con los problemas esenciales del conflicto, y desde el inicio de su gobierno no cesó la colonización de Cisjordania, con lo cual violó, al igual que Rabin y Netanyahu, los Acuerdos de Oslo, lo que

significó dar el golpe final al proceso de paz. Pero lo más grave del gobierno laborista de Ehud Barak es la agresión a gran escala que emprendió contra los palestinos en los Territorios Ocupados desde septiembre de 2000, lo que se ha intensificado con su sucesor, el actual primer ministro Ariel Sharon.

En este trabajo se presenta una revisión sintetizada del proceso de paz que se llevó a cabo entre los sucesivos gobiernos israelíes de Rabin-Peres, Netanyahu y Barak y Yasser Arafat, presidente de la Autoridad Nacional Palestina. Al mismo tiempo, se establecerán las causas más próximas al surgimiento de la nueva Intifada, –que se inició en septiembre de 2000– frente al colapso del proceso de paz.

Gobierno Rabin-Peres: (junio 1992-mayo 1996)

El 13 de septiembre de 1993 el gobierno laborista del primer ministro, Yitzhak Rabin, y el presidente de la Organización para la Liberación de Palestina, Yasser Arafat, firmaron el Acuerdo de Oslo. Éste planteaba como objetivo fundamental la devolución por parte de Israel de los territorios palestinos (Gaza y Cisjordania, incluida Jerusalén Oriental) a cambio de paz. Es decir, las negociaciones se basarían en la resolución 242 del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. ^[1]

Durante un periodo transitorio de cinco años se establecería una autonomía y una Autoridad Palestina, cuya zona abarcaría la totalidad de Gaza y Cisjordania (excepto Jerusalén Este).

Dos años después del comienzo del periodo transitorio, es decir el 4 de mayo de 1996, se debían iniciar las negociaciones sobre el *status* final de los Territorios Ocupados y sobre los problemas más difíciles en las relaciones palestino-israelíes: Jerusalén, colonias y refugiados; ^[2] el acuerdo final se debía firmar al término del periodo transitorio, es decir el 4 de mayo de 1999.

Sin embargo, según el Acuerdo de Oslo, Israel no se comprometía a suspender la construcción de nuevas colonias y las ya existentes quedarían bajo su jurisdicción.

Los planes de redespiegue del ejército israelí incluían la formación de una policía palestina, cuya responsabilidad sería mantener el orden en las áreas liberadas por

los militares israelíes. De este modo la OLP se vio enfrentada a una difícil situación: la necesidad de concretar la paz con Israel la obligó a reprimir a los grupos palestinos que se opusieron al plan de autonomía concebido por Israel. Desde el principio el primer ministro Yitzhak Rabin violó el acuerdo de paz, ya que en aras de poner fin a la Intifada ^[3] solamente liberó a Gaza y a Jericó, en lugar de realizar la retirada de la totalidad de Cisjordania y Gaza. El rechazo israelí al principio de “paz por territorio” se reforzó al mismo tiempo con la continuación de la política de confiscación de tierras palestinas y, aunque se detuvo la construcción de nuevas colonias, aumentó de manera acelerada la expansión de las ya existentes, especialmente en Jerusalén Este. El gobierno laborista de Yitzhak Rabin aunque criticó las colonias, temió el costo político de bloquear la expansión de las mismas. No obstante, perdió una oportunidad de desmantelar las colonias después de la masacre de Hebrón, ^[4] cuando el primer ministro contaba con el apoyo de su gabinete para tal acción. En efecto, el gobierno laborista limitado por una visión prioritaria de seguridad a corto plazo, explotó el sentimiento de inseguridad de los israelíes, en lugar de concientizarlos que el fin de la ocupación militar y el cumplimiento de los acuerdos de paz sería a largo plazo en beneficio de los intereses de Israel. Por el contrario, argumentando razones de seguridad y de la necesidad de proteger las colonias –razones avaladas por el ejército israelí– los dirigentes laboristas no estaban dispuestos a devolver más del 50 por ciento de Cisjordania a los palestinos al final del periodo interino. ^[5] Esta posición respondía a las expectativas de los ciudadanos israelíes quienes consideraban a Rabin un halcón dentro del partido Laborista; en ese sentido, estaban seguros que con el primer ministro las negociaciones de paz impuestas del exterior, es decir por Estados Unidos, darían a los palestinos un mínimo de territorio y de autonomía, lo necesario para satisfacer las exigencias norteamericanas. También, aparte de proseguir con la ocupación militar el gobierno de Rabin no respetó otros compromisos estipulados en los acuerdos, como la liberación de presos políticos palestinos y el derecho al retorno de los refugiados palestinos de 1967.

El gobierno de Israel quiso justificar el retraso o violación de los acuerdos por los

atentados de los grupos islamistas al interior de Israel, responsabilizando a Yasser Arafat por su incapacidad de prever los ataques terroristas. Uno de los principales negociadores israelíes de los Acuerdos de Oslo, reconoció que los ataques eran el resultado inevitable de la política de Israel hacia los palestinos. Según él, habría sido necesario decir la verdad al pueblo israelí: “El terrorismo continuará hasta que hayamos construido una paz verdadera.”^[6] Además, los atentados suicidas de Hamas se habían realizado como represalia a la masacre de Hebrón.

Como respuesta a los ataques terroristas de grupos islámicos, el gobierno israelí recurre de manera sistemática al castigo generalizado de toda la población palestina, cerrando las fronteras de Gaza y Cisjordania. Las consecuencias de estos castigos son dramáticos para la población: miles de palestinos que trabajan en Israel no pueden entrar al país, lo que ocasiona una pauperización aún mayor de la población palestina. Por otro lado, el cierre de fronteras paraliza la actividad comercial de los territorios palestinos, haciendo imposible la pretendida cooperación comercial entre las dos partes.

El gobierno laborista, a fin de eludir el compromiso del Acuerdo de Oslo que estipulaba el fin a la ocupación militar de la totalidad de Cisjordania, firmó después de meses de negociaciones otro acuerdo con Yasser Arafat, conocido como Oslo II.^[7] Este acuerdo amplió las áreas de autonomía a las principales ciudades palestinas quienes representaban, sin embargo, sólo el 3 por ciento del territorio cisjordano.

El asesinato de Yitzhak Rabin en noviembre de 1995, no impidió que Shimon Peres, ahora como primer ministro interino, continuara con la retirada militar, según el calendario previsto en Oslo II. En diciembre de 1995 se completó la retirada del ejército israelí y en enero de 1996 Yasser Arafat era elegido presidente de la Autoridad Nacional Palestina (ANP), hecho que tuvo un importante reconocimiento internacional; al mismo tiempo se creaba un Consejo Legislativo.

Shimon Peres, a diferencia de Rabin, no inspiraba confianza en una gran mayoría de la opinión pública israelí, y su percepción de una paz negociada con los árabes, especialmente con los palestinos, era diferente a la de su antecesor. El primer ministro estaba consciente de los límites de la utilización de la fuerza armada y

del hecho que sólo una solución política podía garantizar la seguridad de Israel a largo plazo. La paz se lograría, según su visión, principalmente mediante la inserción de Israel en la economía de la región.

Su posición difícilmente podía ser asimilada por una opinión pública que considera que la seguridad de Israel depende, sobre todo, de su poderío militar. Al mismo tiempo, Peres parecía estar más dispuesto a un mayor compromiso territorial con los palestinos; finalmente sus declaraciones en 1995, sobre los errores de Israel de haber “querido dominar a los árabes” –que es el tipo de reflexión que a la mayoría de los israelíes no les gusta escuchar–, creó expectativas en la opinión pública mundial, pues se consideró que Shimon Peres era el líder que con su franqueza y honestidad características, daría un impulso definitivo al proceso de paz.

Sin embargo, desde una posición de poder, Shimon Peres se alejó de esa visión histórica que le había caracterizado para visualizar el problema con los árabes, especialmente con los palestinos y optó, al igual que Rabin, por soluciones de corto plazo, en las que se impuso el concepto de seguridad antes que el de la paz. El gobierno de Shimon Peres continuó, al igual que su compañero político Yitzhak Rabin, con el proceso de colonización y perdió también la oportunidad histórica de dar un paso decisivo en poner fin al problema de las colonias, ya que la conmoción que provocó el asesinato de Rabin aumentó el apoyo de la población israelí al proceso de paz.

El primer ministro Shimon Peres estaba consciente de que la mayoría de la oposición israelí no aceptaría el uso de la fuerza para desalojar a los colonos extremistas o, inclusive, un repliegue militar israelí. Por eso, a pesar de estar convencido de que una de las condiciones más decisivas para lograr la paz con los palestinos supone el desmantelamiento de las colonias, no lo hizo.

Por otro lado, los atentados suicidas de febrero y marzo de 1996 en Israel, como represalias a dos asesinatos israelíes de prominentes miembros de Hamas y Yihad

Islámica, ^[8] tuvieron efectos desastrosos en la población palestina. Para asegurar su sobrevivencia política y ganarse la confianza de sus compatriotas, Peres, en lugar de concientizar a la población israelí que la seguridad sólo se puede garantizar por medio de una solución política (idea que él mismo había preconizado), utilizó medidas de seguridad represivas, las cuales él siempre había

criticado por su ineficacia frente a los atentados, como fueron la destrucción de casas de aquellos que protegían a los terroristas y el cierre total de Gaza y Cisjordania, con pérdidas dramáticas para la Autoridad Nacional Palestina y la población palestina. ^[9] Todo esto a pesar de que los atentados fueron inmediatamente condenados por la ANP quien procedió al arresto de cientos de militantes islámicos, y de la manifestación en Gaza de más de 10 mil palestinos para condenar los atentados y reafirmar su apoyo al proceso de paz. ^[10]

Resumiendo, el gobierno laborista hizo muy poco aparte de conceder una gestión administrativa limitada y el control de la seguridad interna a los palestinos de Cisjordania en sólo el 3 por ciento del territorio, mientras que el resto continuó bajo ocupación militar; además, aumentó la confiscación de tierras y, aunque se detuvo el proceso de colonización, no se le puso un fin legal y definitivo y continuó la ampliación de las colonias existentes; este hecho se considera como la violación más grave a los Acuerdos de Oslo. A la vez, continuó inexorablemente la judaización de Jerusalén Este, mediante la expulsión de sus habitantes árabes, violando con una total impunidad los derechos humanos de los palestinos.

El gobierno de Benjamín Netanyahu: (junio 1996-mayo 1999)

El triunfo de Benjamín Netanyahu sobre Shimon Peres significó el regreso de la derecha israelí al poder pero también constituyó una derrota personal del líder laborista, ya que por primera vez en la historia de Israel el primer ministro era elegido por sufragio universal. Sin duda que el clima de violencia en el que se desarrollaron las elecciones (29 de mayo de 1996) contribuyó a que el Likud obtuviera un mayor apoyo político.

Los atentados suicidas de Hamas en febrero y marzo del mismo año y el ataque contraproducente de las fuerzas armadas israelíes al sur del Líbano en el mes subsiguiente, que mató a 162 civiles libaneses, lo perjudicaron y minaron la confianza de los israelíes en la solución política que Shimon Peres preconizaba para lograr un acuerdo global al conflicto árabe-israelí.

Sin embargo, la derrota de Shimon Peres se debió, ante todo, a que el voto israelí se estaba inclinando hacia la derecha. La preferencia por Netanyahu, adversario

declarado de la fórmula “territorio por paz”, y su rechazo por Peres, quien al menos en teoría parecía estar más dispuesto al compromiso territorial, significaba que los israelíes apostaban a una paz injusta con los palestinos. Concretamente, su voto era contra el proceso de paz, ya que Shimon Peres había inaugurado el 5 de mayo de 1996 –fecha estipulada por los Acuerdos de Oslo– las negociaciones sobre el acuerdo definitivo de los problemas en suspenso: refugiados, colonias y Jerusalén Este.

Lo que se suponía que podría haber influido en mantener en el poder al gobierno laborista fue que, durante su gestión, se realizó la abrogación de los artículos de la Carta Nacional Palestina que planteaba la destrucción del estado de Israel, hecho que fue calificado por Shimon Peres como “el cambio ideológico más importante del siglo”.

El regreso de la derecha al poder en Israel sólo marcó una pausa en la aplicación de los Acuerdos de Oslo. A pesar de la retórica intransigente del nuevo primer ministro, Netanyahu y una parte significativa de la derecha israelí reconocieron ciertas realidades políticas del anterior gobierno, como son la Autoridad Nacional Palestina en Gaza y en la mayoría de las ciudades de Cisjordania las áreas autónomas; al mismo tiempo aceptaron el compromiso territorial aunque su intención al igual que Rabin era retener el máximo posible de los Territorios Ocupados.

El primer compromiso del gobierno de Netanyahu era continuar con las negociaciones de paz que habían sido inauguradas por Shimon Peres. Sin embargo, desde el inicio de su gobierno, el primer ministro llevó a cabo una política de permanentes provocaciones: usurpación y colonización de sus tierras, expulsión masiva de sus habitantes y destrucción de sus propiedades (casas y cosechas), con el objetivo de suscitar reacciones violentas de la parte palestina, y de este modo, posponer indefinidamente las negociaciones que debían conducir a un acuerdo de paz definitivo. Los actos de resistencia palestina a la agresión permanente por parte de Israel fueron reprimidos con más violencia aún, lo que provocó decenas de víctimas palestinas y centenares de heridos durante la gestión

de Netanyahu. ^[11] Al mismo tiempo la respuesta a la resistencia palestina llevó, como en la época de los laboristas, a aplicar la política represiva de cierre de los Territorios Ocupados. Este hecho fue la principal causa de la crisis financiera de

la Autoridad Nacional Palestina, como resultado de la pérdida considerable de sus ingresos. [\[12\]](#)

Mientras el gobierno israelí continuaba con la política de hechos consumados, adoptó una estrategia dilatoria en relación con los nuevos despliegues militares. Sin embargo, después de difíciles negociaciones y con la intervención de la diplomacia norteamericana, el gobierno del Likud firmó, en enero de 1997, un nuevo acuerdo con la Autoridad Palestina para proceder a la retirada militar de la ciudad cisjordana de Hebrón. Este acuerdo que significó una retirada parcial de Hebrón con casi un año de retraso, se quiso presentar como una gran concesión a favor de la paz por parte de Israel. En realidad, el acuerdo transfería a la Autoridad Palestina el 85 por ciento de territorio. Israel se quedaba con el 15 por ciento de la ciudad para proteger a 400 colonos y con las mejores tierras; aun así, colonos y miembros de su propio partido acusaron a Netanyahu de traidor por devolver una pequeña parte del territorio.

Una vez más, bajo presión norteamericana, el gobierno del Likud firmó el 28 de octubre un segundo acuerdo, conocido como el Memorando Wye Plantation. Este es, en gran parte, un repertorio de promesas ya hechas en los acuerdos de Oslo I (1993) y Oslo II (1995) y nunca cumplidas.

El acuerdo planteaba la retirada militar del 13 por ciento de Cisjordania, estableciendo un nuevo plazo de 12 semanas para tal acción, además de la liberación de 750 presos políticos de los más de 3 mil prisioneros palestinos que

hay en las cárceles israelíes. [\[13\]](#) La Autoridad Nacional Palestina, por su parte, debía erradicar a los grupos políticos islamistas opositores.

El gobierno israelí no sólo cumplió mínimamente con los compromisos adquiridos sino que al día siguiente de la firma de Wye Plantation, autorizaba la confiscación de más territorio, contraviniendo una de las cláusulas del Memorando sobre el aplazamiento de toda medida que se anticipe al estatuto definitivo de los territorios palestinos. La estrategia de despliegues por etapas, herencia del gobierno de Rabin, ha sido simplemente para ganar tiempo y quedarse con más territorio, y ha tenido poco que ver con la seguridad en la que tanto se ha insistido. Precisamente el acuerdo puso un énfasis excesivo en la

seguridad israelí a expensas de la de los palestinos.

Debido a la insistencia de Netanyahu y Clinton de eliminar a los grupos opositores, la ANP se vio obligada a tomar medidas cada vez más represivas contra la población palestina. Arrestos masivos, aprehensiones ilegales, etcétera; violaciones de derechos humanos que han sido denunciados por Amnistía

Internacional. [\[14\]](#)

Al igual que el anterior gobierno laborista, el Likud pretendía retener el 50 por ciento de Cisjordania, considerado “vital” para la seguridad del estado de Israel. La concreción de ese plan significaba dejar bajo soberanía israelí el Valle del Jordán y las colonias que están conectadas con Israel por carreteras que están bajo

control de las fuerzas de seguridad israelí. [\[15\]](#)

Al mismo tiempo, este plan reducía el territorio de la Autoridad Nacional Palestina a enclaves separados entre sí por las colonias y los caminos exclusivamente israelíes.

Benjamín Netanyahu estaba dispuesto a aceptar una identidad que podría llamarse “Estado palestino”. Este comprendería una autonomía limitada en Gaza y varios enclaves en Cisjordania, excepto Jerusalén Este; es decir, un estado sin

continuidad geográfica ni soberanía. [\[16\]](#)

A pesar que parte de la clientela electoral que había apoyado el proyecto territorial de Netanyahu era la derecha nacionalista, los elementos más extremos de su coalición, incluyendo a miembros de su propio partido, lo acusaron de ceder aun una pequeña parte del territorio.

Sin embargo, gran parte del electorado le quitó su apoyo al jefe del gobierno israelí, porque su estilo de gobernar intransigente no disimulado, no dejaba duda que el gobierno israelí era el responsable del bloqueo del proceso de paz patrocinado por Estados Unidos. Esto llevó a Israel a un aislamiento internacional creciente. Su política agresiva contra los palestinos, especialmente la intensificación de la colonización, había llevado a congelar las relaciones establecidas con los países árabes, incluso con Egipto y Jordania.

El desprestigio del gobierno de Netanyahu tuvo, a su vez, repercusiones económicas y sociales negativas en Israel que reforzaron la disminución del apoyo del público israelí al primer ministro.

Desde su llegada al poder las inversiones disminuyeron debido a la inquietud que suscitaban las tensiones regionales y la posibilidad de que se reestableciera el boicot árabe, lo que ocasionó un deterioro general de la economía israelí. ^[17] Toda esta situación llevó al inicio de un movimiento de rechazo a la política de Benjamín Netanyahu de la sociedad israelí que fue aprovechado por el partido Laborista en las elecciones anticipadas que se realizaron el 17 de mayo de 1999. Este hecho obligó a Yasser Arafat a posponer su decisión de declarar el estado palestino, a pesar de que el 4 de mayo del mismo año era la fecha en que se terminaba el periodo transitorio de autonomía de cinco años, según los Acuerdos de Oslo.

Las razones de este aplazamiento fueron las presiones de Estados Unidos. El argumento fue que un cambio de gobierno en Israel podría destrabar el proceso de paz, lo que significó aceptar prolongar el periodo de autonomía.

El gobierno de Ehud Barak: (mayo 1999-marzo 2001)

Ningún primer ministro suscitó tanta esperanza como Ekuud Barak, líder del partido Laborista israelí (especialmente en aquellos que habían responsabilizado a la derecha israelí por el estancamiento del proceso de paz), quien ganó las elecciones del 17 de mayo de 1999 por un amplio margen sobre Benjamín Netanyahu; sin embargo, el triunfo de Barak sólo sirvió para mostrar el gran abismo que separa el consenso israelí de las demandas palestinas.

Ehud Barak obtuvo una victoria masiva al presentarse como el heredero de Rabin en vez de Peres, sólo que, a diferencia de Rabin, cuya política de aparente confrontación con la derecha contribuyó trágicamente a la atmósfera de odio que precedió a su asesinato, Barak se presentó como un conciliador nacional; esto hizo que el espectro político israelí se moviera hacia el centro, perdiendo escaños en el Parlamento los partidos de la ultraderecha pero también los del partido Laborista. Como resultado de estos cambios surgieron nuevos partidos políticos además de los tradicionales, el Likud y Laborista, lo cual propició un mayor juego democrático en el seno de la política israelí.

Sin embargo, en relación con una solución justa del problema palestino, nada nuevo significativo podía resultar del gobierno que formó el primer ministro

Ehud Barak, ya que ningún partido político está dispuesto a devolver la totalidad de los Territorios Ocupados.

El 4 de septiembre de 1999 el nuevo gobierno laborista firmó el quinto acuerdo de paz con la Autoridad Palestina, llamado Sharm el Sheik o Wye Plantation II, por ser una versión revisada de los convenios logrados en Wye Plantation. El acuerdo contemplaba la retirada de las fuerzas israelíes de Cisjordania, además de la liberación de 350 presos políticos palestinos (en Wye Plantation eran 750). Al mismo tiempo, ninguna de las dos partes emprendería acciones unilaterales durante el año que duraran las negociaciones sobre el status definitivo de los Territorios Ocupados.

Sin embargo, el gobierno israelí cumplió de manera parcial lo pactado con la ANP. Sólo se liberaron a 199 presos políticos, pero a diferencia de Netanyahu, se implementó el acuerdo Wye Plantation sobre la retirada militar del 13 por ciento, lo que significó que el 42 por ciento de Cisjordania quedaba bajo control (total o parcial) de los palestinos. Pero mientras se daban señales de hacer la paz cumpliendo con un mínimo de los compromisos adquiridos, el gobierno laborista continuó con la usurpación de territorio palestino y con la expansión de las

colonias judías, superando inclusive al gobierno de Benjamín Netanyahu. ^[18] A la vez, Ehud Barak se negó a realizar el tercer redespliegue, según lo estipulado en el acuerdo de Sharm el Sheik, e insistió en realizar directamente las negociaciones sobre el status final de los aspectos fundamentales del conflicto palestino-israelí: fronteras y estado palestino, colonias, Jerusalén Este y refugiados, sin esperar el periodo transitorio pospuesto hasta el 13 de septiembre de 2000. El líder palestino Yasser Arafat, presionado por el presidente Clinton, quien a su vez fue presionado por Ehud Barak, aceptó reunirse con este último para negociar, en los términos propuestos por el primer ministro israelí, en la cumbre de Campo David (11 al 25 de julio de 2000). Esto significó que cuando se iniciaron las negociaciones el día 11, la Autoridad Nacional Palestina se vio obligada a negociar los problemas sobre el status final con sólo un 18 por ciento de territorio bajo su total control. En la lógica de los Acuerdos de Oslo, el redespliegue de la mayoría de los Territorios Ocupados sería completado durante el periodo transitorio como un requisito previo a las negociaciones sobre el status final. En las presentes circunstancias, el retorno de más territorio quedaba

condicionado a las concesiones palestinas. El obstáculo mayor en las negociaciones de Campo David fue precisamente que las expectativas israelíes, de que los negociadores palestinos hicieran más concesiones, se enfrentaron a la imposibilidad del liderazgo palestino de ceder más, puesto que habían hecho concesiones históricas durante el periodo transitorio.

En relación al problema territorial, el primer ministro Ehud Barak ofrecía devolver el 60 por ciento de los Territorios Ocupados (es decir, de Gaza y Cisjordania). El estado palestino, propuesto por Barak, estaría constituido por una parte de Cisjordania –fraccionada en tres cantones (cada uno de los cuales está a su vez fragmentado por las carreteras que pasan por las colonias judías), más la franja de Gaza y, por supuesto, sin Jerusalén Oriental; solamente se desmantelaría el 20 por ciento de las colonias y se anexarían los tres grandes bloques de colonias judías, lo que permitiría a Israel el control de Cisjordania. Las áreas palestinas serían administradas por los palestinos como dice Chomsky: “En una adaptación del sistema colonial tradicional.”^[19] (*véase mapa*)

El concepto básico de este plan es explotar los recursos naturales de Gaza y Cisjordania, especialmente el agua, que quedaría bajo control israelí. Al mismo tiempo, agregó el connotado especialista, “los cantones palestinos podrían proporcionar a la economía israelí mano de obra barata y fácilmente explotable. A largo plazo la población podría transferirse a otras partes, de alguna forma”.^[20]

En las negociaciones sobre Jerusalén Este, en el plan propuesto por Ehud Barak, la ciudad quedaría bajo soberanía israelí, ofreciendo a los palestinos únicamente un control parcial sobre los barrios árabes de la ciudad. Yasser Arafat no aceptó y se le acusó de inflexible aunque el líder palestino había aceptado renunciar a la soberanía palestina sobre ciertos lugares judíos de Jerusalén Oriental,^[21] en circunstancias de que Jerusalén Este es un territorio palestino, ocupado ilegalmente por Israel.

Y finalmente, sobre el problema de los casi 4 millones de refugiados (*véase mapa*), el primer ministro israelí afirmó que Israel no asumiría ninguna responsabilidad legal o moral en el drama de los refugiados palestinos, negándoles a la vez el derecho al retorno.

De este modo, las propuestas israelíes eliminaban de las negociaciones los principales reclamos palestinos. Por ello, a pesar de las presiones de Israel y Estados Unidos, Yasser Arafat no aceptó firmar lo que era una claudicación a los derechos más fundamentales del pueblo palestino.

Aún más, después de responsabilizar a los negociadores palestinos por el fracaso de Campo David, el presidente Clinton amenazó con trasladar la embajada norteamericana a Jerusalén y cancelar un paquete de ayuda de 400 millones de dólares si Yasser Arafat declaraba un estado palestino el 13 de septiembre de 2000, tal como lo había anunciado el líder palestino. [\[22\]](#)

Así, “las concesiones” que hizo Ehud Barak eran inadmisibles para ser objeto de negociación por parte del liderazgo palestino; sin embargo, para las fuerzas políticas israelíes esas concesiones eran a su vez contrarias a lo que Israel debería ceder a los palestinos y significaron el total rechazo a la gestión de Barak. En efecto, el primer ministro israelí debió enfrentar la crisis política interna después de perder mayoría parlamentaria como resultado de la deserción de tres partidos conservadores de su coalición, quienes, junto a los partidos opositores de derecha, lo responsabilizaron de hacer demasiadas concesiones territoriales a los palestinos, especialmente sobre Jerusalén Este, a pesar de la insistencia de Barak de que nada se había concretado en Campo David.

Finalmente el Parlamento convocó a elecciones anticipadas, por temor a que Ehud Barak firmara un nuevo acuerdo de “capitulación”. Paradójicamente no había razón para pensar que el primer ministro israelí estuviera dispuesto a firmar un acuerdo con los palestinos, pese a los esfuerzos de Estados Unidos en ese sentido.

Todo esto deja en evidencia que los obstáculos para lograr una solución con un mínimo de justicia para los palestinos son enormes. Una encuesta realizada después de Campo David reveló que hubo una disminución de la popularidad de Ehud Barak: el 53 por ciento respondió que el líder israelí ofreció “demasiado”; el 11 por ciento que no ofreció lo “suficiente”, y el 28 por ciento que ofreció lo “correcto” sobre Jerusalén y en los otros problemas del conflicto. [\[23\]](#)

En este contexto de debilitamiento político, Ehud Barak empezó a tomar decisiones de corto plazo a fin de salvar su gobierno. El 20 de agosto de 2000

propuso reformas a la ley israelí, las que reducirían drásticamente la influencia de los religiosos ultraortodoxos, en un acto político para ganarse el apoyo de los israelíes seculares, quienes, aunque desilusionados por el fracaso del primer ministro israelí en la cumbre de Campo David, estaban a favor de las reformas que él vislumbraba. Exactamente una semana más tarde Ehud Barak llamó al Likud a formar un gobierno de unidad nacional, ofreciéndole a Sharon, líder del partido, el cargo de canciller. El ofrecimiento, rápidamente rechazado por Sharon, fue una clara amenaza a Yasser Arafat: o bien aceptaba la propuesta de “paz” de Barak o bien debía enfrentar un gobierno israelí que se opondría a todo compromiso con los palestinos. Y por último, y la más trágica de sus decisiones, fue permitir el ingreso de Ariel Sharon –criminal de guerra– a la Explanada de las Mezquitas en Jerusalén Oriental, tercer lugar santo del islam. La reafirmación de Sharon, del derecho de Israel a la Ciudad Santa, fue una provocación suficiente, pero él fue también el ministro de defensa quien había planteado la “transferencia” de todos los palestinos fuera de Cisjordania. Sharon fue también el artífice de la invasión de Líbano en 1982 que causó la muerte a 30 mil palestinos y libaneses y, en septiembre de 1982, su ejército apoyó a las milicias cristianas libanesas a perpetrar la masacre de 2 mil palestinos en los campos de Sabra y Chatila en Líbano. [\[24\]](#)

De este modo las protestas que suscitó la “visita” de Sharon –así llamada por la prensa– a la Explanada de las Mezquitas el 28 de septiembre de 2000, acompañado con mil soldados israelíes, se transformaron rápidamente en una insurrección popular conocida como la Intifada II, la que ha sido reprimida cada vez con mayor violencia por las fuerzas militares de Israel.

En pleno contexto de guerra, Ehud Barak debió enfrentar en las elecciones anticipadas para elegir al nuevo primer ministro, realizadas el 6 de febrero de 2001, a Ariel Sharon, jefe del partido Likud. Sharon, para sorpresa de muchos (puesto que no sólo es un símbolo de la violencia contra los árabes y por tanto odiado por ellos sino también es repudiado por muchos israelíes), obtuvo una amplia mayoría sobre Ehud Barak (38.7% y 23%, respectivamente), lo que hizo pensar que la sociedad israelí estaba experimentando un proceso de derechización. Pero si aceptamos el alto nivel de abstención (38%) vemos que el 62 por ciento del electorado no votó por Sharon. Aunque el bloque de centro

izquierda perdió una decena de diputados a favor de los partidos de derecha, los sondeos confirmaron que cerca del 60 por ciento de la población israelí es favorable a un acuerdo de paz con los palestinos, y lo que es más importante: el 52 por ciento piensa que hay que desmantelar la mayoría de las colonias. ^[25] La derrota de Barak se explica por el regreso de una parte de las élites de derecha y del centro, las que por la forma de gobernar de Netanyahu habían llevado a votar por Barak en las pasadas elecciones. Al mismo tiempo, otro factor decisivo en la derrota de Barak fue la abstención masiva del electorado árabe (que representa el 18% y que tradicionalmente vota por los laboristas), que no olvidó la represión sangrienta que costó la vida a 13 palestinos israelíes durante las manifestaciones pacíficas de solidaridad con los palestinos de los Territorios Ocupados realizadas en Israel. ^[26]

Pero, finalmente, el prospecto de Ehud Barak de ganar las elecciones dependía del grado de concesiones que darían los palestinos; es decir, si lograba firmar la paz con los palestinos a partir de la última propuesta del presidente Clinton presentada en diciembre de 2000. Empero, una vez más, este plan fracasó, ya que no contemplaba, al igual que en la cumbre de Campo David, las reivindicaciones más fundamentales de los palestinos: reconocimiento del derecho del retorno de los refugiados y un estado viable con acceso directo a Jerusalén y a las fronteras internacionales.

Con este fracaso se desató una nueva oleada de violencia por parte de Israel contra los palestinos, la que a partir de la llegada del nuevo gobierno ultraderechista de Sharon, en marzo de 2001, se ha ido intensificando cada vez más con el objetivo de poner fin a la nueva Intifada.

La Intifada II

La nueva Intifada representa el fin de las negociaciones entre palestinos e israelíes, las que se habían iniciado siete años atrás con la firma del Acuerdo de Oslo. También es el resultado de décadas de frustraciones y humillaciones. Ningún pueblo ha tenido que enfrentar al mismo tiempo la expulsión, despojo y colonización como lo han hecho los palestinos desde la creación del estado de

Israel en 1948.

La Intifada estalló con la “visita” de Ariel Sharon a la Explanada de las Mezquitas el 28 de septiembre de 2000, en un acto de reafirmación del derecho de Israel a Jerusalén Oriental.

La rebelión palestina ha sido enfrentada con una violencia de proporciones inéditas: las fuerzas militares israelíes han bombardeado las ciudades palestinas, dejando hasta el momento (20 de abril de 2001) alrededor de 500 muertos, casi todos palestinos. La agresión israelí contra la población civil palestina ha sido severamente condenada por el conjunto de la comunidad internacional, inclusive

por varias personalidades israelíes. [\[27\]](#)

Bajo la supervisión de Estados Unidos el proceso de paz palestino-israelí adquirió un falso sentido de normalidad. Esto se debió por una parte a la habilidad de Israel de continuar con las negociaciones mientras se confiscaba territorio palestino y se construían viviendas para los colonos que llegaron a establecerse en Gaza y Cisjordania y, por la otra, a que no hubo una mayor resistencia visible a la colonización por parte de los palestinos; esto dio la impresión de que el proceso para alcanzar la paz podía sustituir a la paz misma y que se lograban, por tanto, avances.

En el séptimo aniversario de Oslo, el 60 por ciento de Gaza y Cisjordania continúa bajo ocupación militar israelí. La partición de Palestina por las Naciones Unidas en 1947, asignó el 43 por ciento del territorio para la creación del estado palestino. Yasser Arafat puede reducir el reclamo de su pueblo del 43 por ciento al 22 por ciento, que fue lo que hizo al aceptar la resolución 242. Sin embargo, es imposible para cualquier líder reducir su reclamo a un 8 por ciento de Palestina y seguir siendo un líder palestino.

Por otro lado, las colonias a las que se opusieron los ex presidentes Carter, Reagan y Bush (padre) fueron aceptadas como legales por el ex presidente Clinton en Campo David. Desde el inicio del proceso de paz los sucesivos gobiernos israelíes han construido colonias en Gaza y Cisjordania, de tal modo que en la víspera de la nueva Intifada había 80 mil colonos más que al inicio del proceso de paz.

Los territorios bajo control palestino son un conjunto de guetos discontinuos, sin control sobre Jerusalén y sin fronteras con el resto del mundo árabe. La situación

en los Territorios Ocupados se ha vuelto insoportable para los palestinos; los sucesivos gobiernos destruyen sus casas para construir nuevas colonias; además no pueden viajar entre las ciudades de Cisjordania (no tienen acceso a Jerusalén Oriental), y entre Cisjordania y Gaza. Israel tiene el control de sus recursos, especialmente el agua.

La judaización de Jerusalén Este, aceptando a miles de colonos de Israel y nuevos inmigrantes judíos, significó la expulsión de los palestinos fuera de la ciudad, anulando sus permisos de residencia.

Por otra parte, los prisioneros políticos palestinos aún siguen en las cárceles israelíes, y el desempleo se ha triplicado en Gaza y Cisjordania.

En resumen, los palestinos no obtuvieron ningún beneficio del proceso de paz sino al contrario: desarraigo, represión, usurpación, en una permanente violación de sus derechos humanos.

Es en este contexto que estalla la nueva Intifada. Al igual que la primera (1987-1993), es un movimiento popular y espontáneo. Pero la diferencia en este movimiento es la utilización de la violencia contra las colonias. Las acciones armadas contra éstas significan un mensaje a los colonos, pues no podrán permanecer seguros en territorio palestino, y a Israel, pues el costo de mantenerlos será muy alto, económica y militarmente. Al parecer la Intifada ha tenido una ganancia política, ya que se ha creado entre los israelíes una atmósfera más crítica frente a la presencia de los colonos en territorio palestino y por tanto

más favorable a su evacuación. [\[28\]](#) Sin embargo, hay una creciente presencia militar israelí en las colonias y una relación más estrecha de éstas con el ejército, lo que presagia que habrá aún más represión de la existente en la actualidad, con el consiguiente costo de más pérdidas de vidas palestinas.

El objetivo político de la Intifada y del liderazgo palestino coinciden: 1. la reanudación de las negociaciones de paz se debe basar en la devolución de la totalidad de Gaza y Cisjordania, incluida Jerusalén Este (resolución 242) y no en el principio de “paz por territorio”; 2. internacionalizar el conflicto (a lo que Israel siempre se ha opuesto) por medio de un nuevo mecanismo de negociación bajo la égida de Naciones Unidas, con participación de la Unión Europea, Egipto y Jordania. Es decir, el proceso de paz debe volver al marco de la legalidad internacional, y 3. el último objetivo es lograr el establecimiento de una presencia

internacional en los Territorios Ocupados, a fin de proteger a la población civil. Hasta ahora y a pesar del nivel que ha alcanzado la agresión militar contra la población palestina y de la petición que ha hecho en ese sentido la Autoridad Nacional Palestina, no ha sido posible concretizar dicha protección debido al rechazo de Estados Unidos.

Conclusiones

La energía liberada por la Intifada no es fácil de contener en el futuro previsible. Esta rebelión está demostrando la imposibilidad de su *statu quo* y de volver a la situación anterior a la Intifada, es decir, seguir viviendo bajo ocupación militar israelí.

La población palestina no está dispuesta a permitir, después del alto costo humano sufrido, negociar un acuerdo como el de Oslo, en el que la lógica fue firmar la paz antes de que Israel pusiera fin a la ocupación y no viceversa. Por ello será difícil para la Autoridad Nacional Palestina intentar contener la Intifada antes de ganar una victoria concreta. La frustración acumulada es tal que ya nada parece posible fuera de una solución definitiva y justa del problema palestino. Esto quedó demostrado en la cumbre de Campo David, la que fracasó porque los palestinos no aceptaron ceder a sus legítimas demandas que el poder colonial pretende negarles. La única solución justa –además de garantizar la seguridad de Israel en su contexto regional– es la creación de un estado palestino con su capital en Jerusalén Oriental y el regreso de los refugiados.

El conflicto no resuelto continúa amenazando una espera de influencia norteamericana. Estados Unidos se encuentra frente a dos elecciones: o tolerar un nivel de inestabilidad controlado o poner orden en Medio Oriente. En 1993 la firma de los Acuerdos de Oslo, con el auspicio de Estados Unidos, hizo pensar que la primera potencia mundial estaba dispuesta a ser un árbitro imparcial; pero a medida que avanzaba el proceso de paz ésta fue asumiendo cada vez más las posiciones de Israel. O sea que Estados Unidos parece dispuesto a aceptar el riesgo de cierto nivel de inestabilidad en la región y no buscar un acuerdo justo entre palestinos e israelíes. Mientras tanto, los palestinos continúan perdiendo derechos, territorios y vidas.

* [Profesora-investigadora del Departamento Política y Cultura, UAM-X](#)

[1] El 22 de noviembre de 1967 el Consejo de Seguridad adoptó la resolución 242 la cual exige la retirada militar de Israel de los territorios conquistados en la guerra de junio de 1967: Gaza y Cisjordania incluye Jerusalén Este en Palestina; las mesetas del Golán en Siria y la Península del Sinaí en Egipto.

[2] **Colonias:** A partir de 1967 el gobierno israelí inició un proceso de colonización judía en Gaza y Cisjordania. En Cisjordania viven 380 mil colonos (230 mil en Jerusalén Este) y en Gaza 6 500, en aproximadamente 150 colonias. **Jerusalén Este:** Israel conquistó militarmente la parte este de Jerusalén en la guerra de 1967. Por tanto, según el derecho internacional, es un territorio ocupado que debe ser evacuado y reconocido como territorio palestino. **Refugiados:** Cuando se creó el estado de Israel en 1948 fueron expulsados o huyeron 750 mil palestinos; ellos y sus descendientes, 3 millones 600 mil, viven en calidad de refugiados en Palestina (aquellos que huyeron a Gaza y Cisjordania pero que pertenecen a regiones que hoy forman parte de Israel), Jordania, Líbano y Siria. El 11 de diciembre de 1948 el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas adoptó la resolución 194 que reconoce el derecho de repatriación de los refugiados palestinos a sus hogares o su indemnización, derecho reafirmado cada año a partir de entonces por la Asamblea General de Naciones Unidas. La segunda diáspora palestina ocurre como consecuencia de la conquista militar israelí de Gaza y Cisjordania en 1967. En esta ocasión son expulsados 250 mil palestinos, quienes en su mayoría se establecieron en Jordania. Se calcula que en la actualidad suman alrededor de un millón.

[3] **Intifada:** Rebelión popular palestina contra la ocupación israelí en Gaza y Cisjordania. Se inicia en diciembre de 1987 y termina con la firma de los Acuerdos de Oslo en septiembre de 1993.

[4] Veintinueve palestinos perdieron la vida en un ataque perpetrado por un colono judío en una mezquita de Hebron, el 25 de febrero de 1994.

[5] Alain Gresh. “Los Acuerdos de Oslo”, en *Le Monde Diplomatique*, 30/iv/1999, p. 10.

[6] Idem.

[7] El Acuerdo Oslo II fue firmado nuevamente en Washington en presencia del presidente Clinton, el 28 de septiembre de 1995.

[8] **Hamas:** organización islámica palestina, que nace durante la Intifada a fines de 1987, donde su participación fue fundamental. Su principal objetivo es liberar Gaza y Cisjordania de la ocupación israelí, y sus medios de lucha violentos no dependen de las circunstancias políticas. **Yihad Islámica:** organización islámica que nace en Palestina en 1980. Aunque más pequeña que Hamas, se encuentra a lo largo de Gaza y Cisjordania; su posición política es más radical: reivindica la recuperación de toda Palestina. De acuerdo con este movimiento islámico, los

ataques suicidas son actos de martirio. Ambas organizaciones, especialmente Hamas, representan un serio reto a las fuerzas seculares dirigidas por la OLP, especialmente en el presente contexto del fracaso del proceso de paz.

[9] Para la ANP el cierre de los territorios representó una pérdida de ingreso de 4 millones de dólares por día, mientras que 60 mil trabajadores palestinos perdieron del día a la noche sus medios de subsistencia. Robert Anciaux. *Vers un nouvel ordre regional au Moyen-Orient?:* L'Harmattan, París, 1997, p. 227.

[10] *Ibidem*, p. 225.

[11] La apertura de un túnel bajo las mezquitas de Omar y Al-Aqsa en Jerusalén Oriental –sin duda el acto de provocación más grave durante el gobierno de Benjamín Netanyahu– produjo violentos enfrentamientos entre manifestantes palestinos y soldados israelíes, que dejaron un saldo de 68 víctimas palestinas y 18 de la parte israelí. *Ibidem*, pp. 243 s.

[12] El cierre de los territorios palestinos durante 35 días, después del atentado suicida en Tel Aviv el 25 de marzo de 1997, privó de ingresos a 50 mil palestinos que trabajaban en Israel; una pérdida de 300 mil dólares al comercio de exportación de flores, y se perdieron los productos agrícolas perecederos que no pudieron exportarse. Anciaux, *op. cit.*, p. 250.

[13] Rachelle Marshall. “After the Wye Memorandum whither land-for peace?”, en *Washington Report on Middle East Affairs*, diciembre, 1998, p. 8.

[14] *Ibidem*, p. 9.

[15] Anciaux, *op. cit.*, p. 255.

[16] Herbert C. Kelman. “Building a sustainable peace: the limits of pragmatism in the israeli-palestinian negotiations”, en *Journal of Palestines Studies*, núm. 109, autumn, 1998, p. 36.

[17] La inflación del 8.1% en 1995 subió al 10.5%. Los ingresos turísticos disminuyeron en un 20%; la cesantía aumentó de un 8.4% en un año para alcanzar a fines de 1996 un 7.3% de la PEA. Anciaux, *op. cit.*, p. 256.

[18] Rachelle Marshall. “While Barak talks peace, he tightens Israel’s grip on the West Bank, hints at further negotiation delays”, en *Washington Report on Middle East Affairs*, diciembre, 1999, p. 7.

[19] Noam Chomsky. “Las perspectivas del proceso de paz”, en *La Jornada*, México, 19 de octubre de 2000. Denuncia el plan de “paz” propuesto por Israel en Campo David, fundamentalmente el problema de la colonización y las características que tendría un eventual estado palestino.

[20] *Idem*.

[21] Mohamed Sid-Ahmed. “Jerusalén, aglutinante del mundo árabe”, en *Le Monde Diplomatique*, octubre 20-noviembre 20 de 2000, p. 4.

[22] Rachelle Marshall. “Barak puts peace on hold while he tries to save his government”, en *Washington Report on Middle East Affairs*, octubre/noviembre 2000, p. 7.

[23] Periódico *The New York Times*, Nueva York, julio 30, 2000, p. 6.

[24] Rachelle Marshall. “The peace process ends in protests and blood”, en *Washington Report on Middle East Affairs*, diciembre 2000, p. 7.

[25] Michel Warshawsky. “Israel: elecciones y presagio de guerra”, en *Le Monde Diplomatique*, enero 20-febrero 20 de 2001, p. 16.

[26] Joseph Algazi. “Mi estado mata a mi pueblo”, en *Le Monde Diplomatique*, octubre 20-noviembre 20 de 2000, p. 5.

[27] Con abstención de Estados Unidos el Consejo de Seguridad adoptó la resolución 1 322, que condenó el uso excesivo de la fuerza contra los palestinos y la Asamblea General adoptó por una gran mayoría una resolución similar. Por su parte, Amnistía Internacional ha calificado la violencia israelí contra el pueblo palestino como “crimen de guerra”. Por último, Amira Hass, conocida periodista israelí, denunció, en un artículo publicado por el periódico Haaretz el 11 de octubre de 2000, “las atrocidades perpetradas por los soldados israelíes contra los palestinos”.

[28] Una encuesta realizada el 5 de diciembre de 2000 muestra que el 63% de los israelíes apoya la total o parcial evacuación de las colonias judías en los Territorios Ocupados. R. Hammami y S. Tamari. “The second uprising: end or new beginning?”, en *Journal of Palestine Studies*, invierno, 2000, p. 21.